



I

NADA QUE PERDER

Año 28 a. de C.

El romano salió del sueño lentamente, como un ánfora que vacía su contenido poco a poco sobre el piso. Recuperó la conciencia a borbotones, atravesando el umbral de ese instante mestizo entre la noche y el alba, cuando los objetos van recuperando sus formas y los sueños se mezclan con la realidad hasta el punto de no saber donde terminan los unos y empieza la otra. Todavía a caballo entre ambos mundos, percibió cómo los primeros rayos de sol matutino se filtraban por las rendijas de la contraventana, cebrando el suelo de la habitación. Luego notó la respiración acompasada de la mujer que continuaba durmiendo a su lado. Y, por último, le llegó el rumor inquieto que provocaban los animales al volver a la vida.

Abrió los ojos sin prisa, dejando que se acostumbrasen a la luz cada vez más intensa que iba llenando la habitación. Por fin, cuando se supo totalmente despierto, se incorporó con cuidado de no molestar a su compañera de cama. No le fue fácil, porque ella dormía con la cabeza apoyada sobre su pecho y un brazo rodeándole el cuerpo. Sin embargo, sabía por experiencia que su sueño era todavía más pesado que el de él, y moviéndose con delicadeza consiguió escabullirse de la cama sin provocar más que un gruñido por su parte.

Totalmente desnudo, estiró brazos y piernas para desperezarlos. Luego, fijó la vista en la mujer que respiraba pesadamente, boca abajo, con el abundante pelo castaño ocultándole el rostro. Se quedó observándola con la mirada opaca y el rostro inescrutable, sabiendo que muy pronto tendría que tomar una decisión con respecto a ella.

Pero no hoy.

Mientras se vestía con la túnica corta que había tirado descuidadamente junto a la cama la noche anterior, sus ojos se posaron en la cicatriz longitudinal que surcaba su pantorrilla izquierda. El hom-





bre a quien se la debía le había salvado la vida al hacérsela, para extraerle el veneno de una serpiente. No pasaba un solo día sin que lo echara de menos. Torció el gesto. Sabía perfectamente lo que ese hombre diría de aquella situación si estuviera vivo: *esto nos traerá problemas*.

También sabía que, como casi siempre, tendría razón al decirlo. Iba a echarla de menos, suspiró.

Salió al exterior a tiempo de ver cómo el sol se encaramaba sobre las copas de la línea de robles que ocultaban la granja del camino. El cielo, muy azul, estaba salpicado por nubes algodonosas en forma de animales mitológicos. El pueblecito quedaba apenas a medio estadio de distancia, delimitado por los campos de cultivo al norte y por un frondoso bosquecillo de árboles frutales al este.

El lugar le había gustado desde el momento mismo en que puso los pies en él. Un rincón tranquilo donde vivir en paz, trabajando la tierra y viendo crecer a tus hijos, se había dicho más de una vez en los dos meses que llevaba viviendo allí, pese a saber que ese tipo de vida no estaba hecha para él.

Se maldijo a sí mismo por seguir siendo incapaz de no tomarle apego a los lugares.

O a las personas.

—Buenos días, Falco —le saludó ella, utilizando el nombre con el que se hacía llamar. Hacía tiempo que había dejado de repugnarle.

Cuando se volvió comprobó que, al fin y al cabo, no había sido tan cuidadoso al levantarse como creía. O eso, o a Cinnia la había despertado también la cada vez más brillante luz solar.

—Buenos días —respondió sin que se le notara en la voz la tristeza que lo había invadido un momento antes.

Cinnia lo observaba desde el vano de la puerta de su casa. Hermosa, como siempre, a pesar de tener todavía los ojos ligeramente hinchados por el sueño. Tres o cuatro años mayor que él, la gala era una de esas mujeres por las que los hombres llegaban a hacer cosas de las que luego se arrepentían. Sus largos cabellos marrones caían, como una cascada, a ambos lados de su rostro, que estaba dominado por unos alegres ojos castaños y unos labios que la mismísima Venus hubiera deseado. Haber parido a dos hijos le había llenado





los pechos y ensanchado las caderas, pero, cumplidos los veinticinco, seguía siendo la mujer más codiciada de la comarca, muy por encima de rivales considerablemente más jóvenes; y no precisamente por el hecho de ser una viuda con una pequeña granja que poner a los pies del hombre que se casara con ella. Cesarión podía perfectamente imaginarla encendiendo el deseo de los cortesanos de cualquier reino. Apenas necesitaría cambiar sus humildes ropas por otras más sugerentes y dejar que un par de esclavas que conocieran los secretos de la cosmética obraran su arte sobre su rostro. Puede que no hiciera falta ni eso.

—¿Por qué no me has despertado? —le riñó sin un ápice de aspereza en el tono de su voz.

—Hay trabajo que hacer... y tú me pagas para que lo haga. Me pareció que eso te daba derecho a unos momentos más —sentenció él.

Por un instante, una sombra de dolor oscureció los alegres ojos de Cinnia. Aquella alusión al dinero, a la relación comercial que establecieron cuando él se instaló en la granja al principio de la estación de la cosecha, había conseguido herirla. Era evidente que para ella las cosas eran muy distintas. Y que ahora él se lo espetase así, sin venir a cuento, la había tomado por sorpresa.

Cesarión había llegado a la pequeña aldea de la costa de Armórica poco antes del solsticio de verano. Llevaba más de dos años yendo de un lado para otro, sin detenerse nunca más de unos pocos días en ninguna parte. Y, hartado de tanto vagabundeo, decidió cambiar de actitud. Al fin y al cabo, un pueblecito cerca del mar, en la más remota provincia de la Galia, parecía un lugar suficientemente recóndito como para estar a salvo incluso de los largos dedos de Octavio. Posiblemente, a Tito Pullo, el veterano de la Décima Legión que le había sacado con vida de Egipto tras la derrota de Antonio y Cleopatra en la guerra civil y le había convertido en el formidable guerrero que era hoy en día, le hubiera parecido que todavía estaba demasiado cerca del poder de Roma. Pero Pullo llevaba muerto casi dos años y en ese tiempo su joven discípulo había aprendido a tomar algunas decisiones sin pensar en lo que su mentor hubiera hecho.

Cinnia había nacido en ese lugar, aunque su vida había cambiado por completo al casarse con Velio Caeco, un veterano de la Novena



Legión *Hispana*, que había recibido su pedazo de tierra al retirarse en esa comarca. Caeco le llevaba casi veinte años a la muchacha, pero eso no le impidió enamorarse de ella como un adolescente. Y la modesta familia de Cinnia había visto casi con glotonería el documento donde se le concedía un generoso trozo de tierra en propiedad y la bolsa bien repleta que cargaba tras recibir su última paga de legionario. De esta forma, la muchacha más bonita de la región había pasado a convertirse en la esposa de un romano. Y, aunque ella nunca llegó a sentir amor por su marido, siempre se había considerado afortunada de haberse casado con él. Caeco era un hombre de largos silencios y modales rudos, y sus manos de matarife sabían bien cómo magrear a una prostituta, pero ignoraban totalmente como se amaba a una joven esposa. Aún así, siempre la trató con cortesía y consideración, y en el poco tiempo que pudo ejercer como padre, antes de que unas fiebres consiguieran lo que no lograron dos décadas de peligrosas campañas, demostró que podría haber sido un buen progenitor para los pequeños Duccio y Aldana.

La joven llevaba menos de un año llevando luto por su esposo cuando aquel atractivo viajero llamó a su puerta solicitando trabajo en su alicaída granja. Desde la muerte de Caeco, hacían cola ante su puerta una larga hilera de hombres con la esperanza de ocupar su puesto. Pero la bella viuda se resistía a entregarse al primer par de brazos fuertes que la reclamaran. Y como todavía conservaba buena parte del dinero de Ceaco, había conseguido mantener viva su propiedad a base de contratar temporeros.

Ninguno había sido, sin embargo, como aquel.

Durante las primeras semanas, Cesarión había trabajado de sol a sol, siguiendo las instrucciones que le daba su nueva patrona. Él no tenía ni idea de cómo se hacía el trabajo de una granja, pero era fuerte como un toro y ardía en deseos de ganarse la vida con otra herramienta que no fuera la espada. Cinnia, por su parte, estaba encantada con aquel joven que las cazaba al vuelo y que jamás se quejaba ni del trabajo, ni del sueldo. Dos veces al día le llamaba para comer y observaba en silencio sus músculos, brillantes por el sudor, y sus ojos, verdes y opacos como el cardenillo de una ciénaga. Su nuevo bracero jamás iniciaba una conversación por voluntad propia, pero respondía con cortesía a los intentos de diálogo de ella. Y en un par de ocasiones llegaron incluso a reírse juntos cuando ella se mofó sin maldad de su escasa pericia para las tareas de labranza.



La noche en que se cumplía la tercera semana de su llegada a la granja, Cinnia se metió en su cama.

Cesarión dormía en un jergón de paja que se había hecho él mismo en un cobertizo anexo al edificio principal de la propiedad. Aunque ella apenas hizo ruido, él la oyó llegar desde bastante antes de que cruzara el vano de la puerta. Asiendo el pugio, que dormía siempre a su lado, se revolvió dispuesto a repeler cualquier ataque. Pero en lugar de la figura armada de un agresor se encontró con la silueta desnuda de ella, recortada contra el marco de la puerta y bañada por la incipiente luna del verano aún joven. Cinnia se estremeció ante la agresiva reacción del joven al que llevaba muchas noches deseando. Pero él se apresuró a hacer desaparecer el arma de su vista. En su lugar, le tendió una mano desnuda y rugosa.

Y ella no dudó en tomársela.

Las primeras noches hicieron el amor en silencio. Sin hablar y casi sin mirarse a los ojos. Con la urgencia propia del que ya casi no recordaba cómo era hacerlo cuando no formaba parte de una transacción comercial, o de la que nunca había sido realmente amada entre las sábanas. Se atacaban mutuamente en unas acometidas de pasión amorosa que los dejaban exhaustos a ambos, demasiado cansados incluso para sentirse incómodos por no ser capaces de poder decirle al otro lo que se hacían sentir.

Después, una noche, inesperadamente, él le habló. Le susurró, sin querer, palabras que quizás no sentía de verdad, pero que anhelaba volver a pronunciar. Se las dijo porque pensó que, en otras circunstancias, hubieran podido llegar a ser ciertas. Y porque, en cualquier caso, sin ser veraces, distaban aún mucho más de la mentira. Aquella noche la amó sin prisa, pensando por primera vez más en ella que en su propio placer.

Y Cinnia supo por fin que no se había equivocado al no entregarse al primer par de brazos fuertes capaz de cuidar una granja.

Desde ese momento, las cosas cambiaron notablemente. De día, Cesarión continuó trabajando a destajo en unas tierras que habían sufrido demasiado con la indiferencia de las manos que las cultivaban solamente a cambio de unas monedas. Pero ella se esforzaba ahora por mimarlo. Le llevaba bebida fresca varias veces al día allá donde estuviera, y le instaba a alargar la pausa de la comida y a adelantar la hora de la cena. Y de noche, en vez de escabullirse al cobertizo con el último bocado todavía sin tragar, él se quedaba en la





mesa durante un largo rato, jugando torpemente con los pequeños Duccio y Aldana. Más pendiente de no hacerles daño con sus manos tan acostumbradas a la violencia que de divertirlos a base de saltos y piruetas. Y luego, cuando los pequeños se dormían, se quedaba a compartir la cama con su madre hasta el amanecer.

Exactamente la clase de vida que se hace en un lugar tranquilo donde vivir en paz, trabajando la tierra y viendo crecer a tus hijos.

Exactamente la clase de vida que él no podía permitirse sin poner en un peligro inaceptable a quienes la compartieran con él.

Una noche, mientras Cinnia dormía acurrucada entre sus brazos, soñó con una figura oscura y menuda entrando en la casa sin hacer ruido y degollando a la joven madre y a sus dos pequeños antes de levantar sobre su pecho dormido un enorme puñal con la empuñadura de marfil y un monstruo de siete cabezas tallado en ella. Se despertó empapado en sudor, un instante antes de que la daga encontrara su objetivo. Pero con la imagen de la garganta cercenada de Cinnia vívida en su mente como si fuera real.

Esa noche supo que tenía que marcharse.

Desde ese instante, del que ya habían pasado casi dos semanas, no había hecho otra cosa que retrasar lo inevitable. Cinnia no era Sylene, pero tenía un carácter bueno y apasionado que hacía que fuese fácil quererla. Y aunque no era tan hermosa como la mujer que había dejado en su alma un vacío que parecía imposible de llenar, era lo suficientemente bonita como para hacer sentir afortunado al hombre al que invitaba a compartir su lecho.

Incluso había empezado a cogerles cariño a los pequeños.

Fue la voz disgustada de ella la que lo devolvió finalmente a la realidad:

—Pues si tan interesado estás en el dinero que te pago, será mejor que empieces a ganártelo de una vez. Los campos de atrás necesitan tu atención.

Y, sin más, se metió de nuevo en la casa, dejando un rastro de escarcha en el aire que ni el cada vez más cálido sol matutino fue capaz de derretir.





Cesarión se dejó la piel en los campos ese día. Saber que obraba pensando por encima de todo en su seguridad y la de los pequeños no evitaba que se sintiera miserable por el daño que le estaba haciendo, y por el que aún estaba por llegar. Cinnia no se lo merecía. Pero aún se merecía menos un buen tajo en el cuello.

Cuando el sol llegó a su cenit, no dejó la azada, como se había acostumbrado a hacer en las últimas semanas para ir a comer con ella. Cinnia tampoco se acercó para obsequiarlo con un jarro de agua fresca y su habitual sonrisa cálida. A su pesar, reconoció para sí que la echaba de menos. Pero, en vez de acercarse a la casa, siguió maltratando la tierra como si ella fuera la culpable de todo.

El legionario llegó algo después del mediodía.

Se acercó a la casa a lomos de un caballo tordo, sudoroso por el esfuerzo. Pero cuando le divisó trabajando los campos, cambió de dirección para dirigirse directamente a él. Cesarión lo vio venir y dejó la herramienta en el suelo para llevarse la mano al pugio que colgaba de su cinturón. De poco le serviría aquella arma contra un soldado profesional y plenamente equipado. Pero pronto decidió que si le hubieran localizado, enviarían contra él algo más que un simple legionario a caballo. De manera que apartó la mano del ama y adoptó una postura desenfadada mientras el hombre consumía la distancia que los separaba.

—¿Eres tú aquel al que llaman Falco? —preguntó el recién llegado con la falta de ceremonia propia de los veteranos de las legiones.

—Así me llaman, sí.

—Quinto Albio, mi centurión, ha oído hablar de ti y desea hacerte una proposición. Antes, sin embargo, me ha pedido que te pregunte si hay algo que te retenga aquí.

Cesarión echó una corta ojeada a la casa. Había dejado de creer en los dioses hacía mucho tiempo, pero tenía que reconocer que, a veces, los olímpicos parecían estar esperando la oportunidad de mandarle una señal para hacerle dudar de nuevo.

—Como puedes ver —dijo haciendo un amplio ademán— mi trabajo está prácticamente terminado.

—En ese caso, el centurión Albio te pide que vayas a verle a la guarnición para escuchar de sus labios lo que tiene que ofrecerte. Estamos a medio día a caballo, en dirección norte —añadió.





—Sé dónde estáis —respondió Cesarión—. Dile a tu centurión que iré a verle mañana. Acabar aquí me llevará aún un buen rato.

—Se lo diré. ¡Salve!

Y, sin más, hizo girar al caballo sobre su grupa para alejarse por donde había venido. Cinnia lo vio alejarse desde la puerta de la casa, a donde se había asomado al oír el rumor de los cascos del animal.

El corazón le dio un vuelco mientras lo veía perderse tras la línea de robles.

Cesarión no se acercó a la casa hasta que el sol no empezó a rozar las copas de los árboles. Si iba a marcharse, lo menos que podía hacer era dejar la tarea terminada. Cuando acabó, los músculos le dolían como ya no recordaba y su túnica corta estaba empapada de sudor.

Pero los campos estaban limpios.

Ojalá pudiera decir lo mismo de su espíritu.

Cinnia lo esperaba con la comida caliente. La cena solía ser mucho más frugal, pero como él no había tomado nada en todo el día había querido prepararle una ofrenda de paz. A él no se le escapó que, aunque intentase disimularlo, haciendo jugar distraídamente a la pequeña Aldana sobre sus rodillas, había intentado mejorar su aspecto más que de costumbre.

Se lavó las manos y se refrescó la cara en un barreño con agua que había en un rincón antes de sentarse a comer.

—Te he echado de menos este mediodía —dijo ella, dejando a la niña en el suelo para servirle una generosa ración.

—Había mucho trabajo por hacer —mintió él.

—Podías haberlo terminado mañana. Los niños me han preguntado por ti. Les gusta que comas con ellos.

Cesarión no dijo nada. Ella no se lo iba a poner fácil.

Cinnia dejó pasar un buen rato antes de tragar saliva y atreverse a preguntar:

—¿Qué quería ese legionario?

Fuera, la poca luz que quedaba se extinguía por momentos. Cesarión sintió que esa misma oscuridad le encharcaba el alma.

—Ha venido a traerme un mensaje de su centurión. Dice que tiene un trabajo que ofrecerme. Por eso he querido terminar hoy. Mañana temprano iré a ver qué quiere.





Aún sin levantar la vista del plato, notó como sus últimas palabras le impactaban como un mazo. Cinnia se revolvió sobre su silla al darse cuenta de que sus peores temores estaban a punto de hacerse realidad.

—También podrías quedarte, ¿sabes? —decidió intentar, con un hilo de voz—. No... no pretendía ofenderte con lo que te dije esta mañana sobre el dinero. Tú lo sabes. —Vio la sombra de la duda en los ojos de él y supo que era el momento de poner todas las cartas sobre la mesa—. Este no es un mal lugar para vivir. La tierra es fértil y, si la trabajas bien, te recompensa con creces cada uno de los esfuerzos que viertas en ella. Los niños están encantados contigo. Te echarán mucho de menos si te vas ahora. Y yo... —Dejó la frase en suspenso, terminándola con la mirada.

Él continuó sin decir nada. No se había dado cuenta hasta entonces de cuánto le hubiera gustado poder aceptar aquella oferta.

Cinnia intuyó que lo estaba perdiendo.

—Falco... puede que yo no sea esa Selene a quien llamas en sueños algunas noches. Pero puedo ser una buena esposa. Mis tierras serán tuyas y te daré hijos fuertes y sanos. Y si no puedes entregarme aún tu espíritu me conformaré gustosa con tu cuerpo hasta que seas capaz de ello.

Se levantó, temblorosa, y se acercó poco a poco a la mesa, donde él seguía sentado. Los sonidos de los niños, que jugaban al otro lado de la habitación, hacían que toda aquella escena pareciese irreal, fuera de lugar. Cinnia llegó a su lado y sus dedos le acariciaron la nuca con dulzura. Con la otra mano, tiró de su vestido hasta dejar sus abundantes senos al descubierto.

—¿No te parezco hermosa? —imploró—. No hay un solo hombre de la comarca que no quisiera estar en tu lugar. Pero yo sólo puedo pensar en ti desde que llegaste a mi casa. Quédate conmigo y haré que cada día des gracias a los dioses por tu decisión.

Su voz se derramaba en sus oídos, dulce como la miel. Cesarión quiso cogerla en brazos y decirle que sí, que era hermosa. Y que sí, que se quedaría con ella para vivir en paz y llenarla de hijos y de bienes.

En vez de ello, se oyó pronunciar:

—Créeme, te hago un favor marchándome. Llevo la desgracia pegada a la suela de mis sandalias. Si me quedase, un día me maldecirías por haberlo hecho.





En el poco tiempo que llevaban juntos, Cinnia había aprendido a conocerle lo suficiente como para saber que cuando hablaba en aquel tono, no había nada capaz de hacerle cambiar de idea.

Algo se rompió en su interior.

—Puede —consiguió responder mientras se separaba de él y volvía a ajustarse el vestido—. Pero lo único que sé es que ahora te maldigo por marcharte.

Con esa dignidad que sólo poseen los que han sido bendecidos con la belleza, Cinnia se acercó al pequeño cofre donde guardaba el dinero. Contó una generosa cantidad y la dejó sobre la mesa sin decir nada. Luego cogió a su hija pequeña en brazos e hizo que el niño la siguiera, cerrando la puerta tras de sí sin volverse ni una sola vez.

Cesarión no tardó en escuchar sus sollozos a través de la fina hoja de madera. Aunque hubiera dado su mano derecha por entrar a consolarla, se obligó a permanecer fuera hasta que el llanto se extinguió, mucho rato después.

Se marchó tan pronto como amaneció. Cinnia, que apenas había podido dormir a ratos, agotada por el peso de las lágrimas, escuchó el prudente rumor de sus pasos mientras se aseaba y recogía sus escasas pertenencias. Después oyó el trote de los cascos del caballo, alejándose por el camino. En ese instante, se arrepintió de su decisión y quiso verlo por última vez. Salió a toda prisa y corrió por el camino tras el caballo, gritando su nombre. Pero él no la oyó... o no quiso escucharla. Y sólo tuvo tiempo de vislumbrar por última vez sus anchas espaldas, cabalgando a lomos del caballo en dirección al norte.

Cuando regresó a la casa, sudorosa y desconsolada, advirtió que él no había tocado el dinero de encima de la mesa, donde ella lo dejó la noche anterior. De un manotazo, esparció las monedas por toda la habitación, mientras un grito de frustración llenaba aquella estancia que jamás le había parecido más vacía.

La guarnición estaba tan cerca del mar que podía olerse el salitre desde sus muros. A parte de esto, no se distinguía en nada de cualquier otro campamento romano levantado de forma permanente. Su diseño era tan simple como funcional: un foso rodeaba un muro





perimetral rectangular, casi cuadrado, con las esquinas redondeadas para poder defenderlas mejor y torres de vigilancia y puertas en el centro de cada uno de los lados. El muro consistía en dos paredes de sillería paralelas, hechas de piedras, mortero y hormigón, cuya altura y tamaño variaba dependiendo de la situación militar del campamento. Las de éste no eran demasiado altas, advirtió, lo que le confirmó que las autoridades locales parecían confiar totalmente en su control sobre las tribus de la región.

Cabalgó siguiendo el camino que lo llevaba directamente a la puerta de uno de los lados largos. Mientras se acercaba, sopesó por enésima vez la posibilidad de que estuviese metiéndose en la boca del lobo por su propio pie. La sutileza de la estrategia no casaba demasiado con el estilo de la legión. De andar buscándole y haberle localizado, lo más normal habría sido mandar a una docena de hombres a por él, sin correr el riesgo de que decidiera no aceptar la oferta, o se oliese algo y se les pudiera escurrir de nuevo entre los dedos. No, decidió: un plan como ese no era propio de un oficial de un campamento perdido en la región más remota de la Galia. Y recorrió el resto del trayecto esperando no equivocarse en su juicio.

El decurión encargado de la entrada, un tipo alto y que caminaba arqueando mucho las piernas, se acercó a él y le preguntó qué quería. Cesarión le respondió que lo había hecho llamar el centurión Albio y el oficial reaccionó como si hubiera estado esperándole. Ordenó franquearle el paso mientras le señalaba uno de los edificios situados al otro extremo del campamento.

—El centurión Albio tiene sus aposentos en el tercer bloque, el más alejado —le indicó, señalando el sitio exacto con el índice extendido.

Cesarión le dio las gracias y desmontó del caballo para atarlo en un cobertizo situado a tal efecto junto a la puerta. Luego, atravesó la entrada y se dirigió hacia el lugar indicado.

El interior de todos los campamentos romanos se organizaba alrededor de dos calles principales, llamadas siempre vía *Praetoria* y vía *Principalis*. En su intersección acostumbraba a levantarse el cuartel general, con la residencia del jefe de la guarnición, usualmente flanqueado por el *Questorium* o sede de la intendencia, y el *Valetudinarium*, el hospital. Algunos campamentos grandes, recordó que le había contado Pullo, disponían incluso de un pequeño foro y hasta de unas termas. Pero si éste contaba con estos lujos, él no llegó a vislumbrarlos.





Caminó a lo largo de la vía *Principalis*, cruzándose de vez en cuando con legionarios fuera de servicio que ni siquiera le dedicaron una mirada, y se desvió antes de llegar a la residencia del comandante para dirigirse a los barracones donde dormía la tropa. Antes de llegar, vio al soldado con el que había hablado la tarde anterior. El hombre se le acercó con un amago de sonrisa en el semblante.

—¡Vaya! No esperaba verte tan pronto por aquí. Y menos después de lo que escuché en la taberna del pueblo sobre ti y la joven viuda a quien le arabas los campos. —Y sonrió mientras acompañaba esta última afirmación con un gesto obsceno que no gustó en absoluto a Cesarión. Sin embargo, no lo dejó entrever. El legionario no intentaba ofenderle con aquel comentario. Simplemente, no podía conocer su estado de ánimo. De forma que se obligó a sonreír y a cambiar de tema.

—Salve a ti también, camarada —se dirigió a él, recordando la forma que tenía Pullo de hablar cuando quería congraciarse con alguien—. Dime, ¿no tendrás alguna idea de para qué me ha hecho venir tu centurión?

—Creo que quiere hacerte una oferta —respondió el otro, haciéndole una seña para que lo siguiera—. Él te lo contará mejor que yo. ¡Pero ya te advierto de que se trata de un trabajo mucho menos placentero del que has estado haciendo, canalla!

El legionario lo guió entre los edificios hasta llevarlo a los aposentos del centurión Albio, que resultó ser un hombre de baja estatura pero complexión pétrea, con una mirada aguda como la punta de un gladio. Por su pelo canoso, que llevaba muy corto, Cesarión dedujo que debía ser un *primi ordines*, uno de los más experimentados y de mayor rango de la guarnición, con más de dos décadas de servicio a sus espaldas. Albio debía estar libre de servicio en esos instantes, porque llevaba puesta únicamente la túnica corta e iba desarmado. El centurión agradeció al legionario el haber guiado al recién llegado a sus aposentos y le indicó que se retirara. Luego, señaló un pequeño taburete a su invitado y le ofreció un vaso de agua, que éste rechazó. Albio sí bebió un buen trago antes de sentarse también y empezar a hablar.

—Te agradezco que hayas venido tan pronto —dijo—. Antes de nada, me gustaría saber si es cierta la reputación que te precede.

—Ignoraba tener una reputación —respondió el joven algo sorprendido por el inesperado inicio que estaba teniendo la entrevista.





—Pues la tienes. Y muy buena, habría que añadir. Se dice que acabaste tú solo con una partida de bandoleros cerca de Rotomagus. ¿Es cierto?

—Ya sabes lo que sucede con las habladurías, siempre se exagera... Yo no llamaría una partida a tres o cuatro hombres mal comidos y peor armados.

Albio sonrió al escucharlo.

—La mayoría de hombres en tu situación alardearían de sus logros. Tú, en cambio, los minimizas. No hay mejor prueba de que eres de la clase que andan buscando.

—¿Quién anda buscando? ¿Y para qué?, si me permites ser yo quien pregunte ahora, centurión Albio.

—¿Qué sabes de Britania, amigo? —le preguntó Albio por toda respuesta.

—No mucho, la verdad. Que está hacia allí —señaló hacia el norte—, que a sus habitantes no les gustan demasiado las visitas... y que tampoco existen demasiados motivos como para hacérselas. ¿Responderás tú ahora a mis preguntas?

—Todo a su tiempo, amigo. Todo a su tiempo —sonrió Albio, conciliador—. Lo que quiero proponerte está directamente relacionado con la brumosa Britania...

El centurión se levantó de su asiento y se puso a caminar sin rumbo por la habitación, seguido por la mirada llena de curiosidad de su invitado.

—Verás —empezó a contarle—, hace casi treinta años, César desembarcó dos veces en Britania. Ninguna de las dos ocasiones se quedó demasiado tiempo allí. Pero tras la segunda incursión, consiguió que los caudillos britanos aceptasen pagar tributos a Roma y le jurasen fidelidad. Como muy bien has dicho, en la isla no parece haber demasiadas cosas de auténtico valor y César estaba demasiado ocupado sofocando el levantamiento de Vercingetorix como para poder prestarle más atención a Britania. Después de demostrarles a sus habitantes el poder de Roma, se contentó con lo obtenido y regresó a la Galia sin dejar en la isla ni un solo hombre.

Cesarión miró divertido a Albio tras aquella pequeña disertación. Empezaba a sentirse cómodo con aquel hombre de aspecto rudo pero maneras agradables, de forma que se atrevió a tomarle un poco el pelo.

—¿Acaso vas a escribir un libro sobre Britania y necesitas que te





sostenga las tablillas de cera? Porque si no es así, sigo sin entenderte...

El centurión ignoró el sarcasmo y siguió con su historia.

—Lo cierto es que Cesar sí dejó algunos hombres atrás. Durante su corta estancia en Britania, algunos veteranos de la Séptima Legión *Macedónica* le ocasionaron algún contratiempo. Quizás eran veteranos hartos de luchar y que empezaban a protestar mucho y obedecer poco. Y como al otro lado del mar las cosas empeoraban por momentos, César no tuvo tiempo o no quiso castigar a sus hombres con excesiva dureza. Así que decidió deshacerse de las dos cohortes más problemáticas y les ordenó quedarse en Britania como retén. Fue algo muy inusual, como puedes ver.

Cesarión le dedicó una mirada inquisitiva. Estaba claro que la historia por fin había empezado a interesarle.

Albio continuó narrando:

—El castigo infringido a las tribus de la región había sido tan duro que, aunque apenas sumaban un millar de hombres, los que se quedaron pudieron sentirse libres de amenazas. Además, contaban con la ayuda y colaboración de las tribus que controlaba Comio, el aliado de César en la zona. De manera que levantaron un campamento permanente al que llamaron Atrelantum para mantener la presencia romana y que pudiera servir como base a futuros desembarcos. Antes de marcharse, el propio César prometió a Lucio Voreno, el oficial que dejó al mando, que las legiones regresarían a Britania. Y le pidió que mantuviera el puesto listo para cuando eso sucediera.

—Pero nunca volvieron.

—Exacto. César dominó primero la Galia y luego se enzarzó en una larga guerra civil con Pompeyo, como bien sabe cualquier romano. Pasaron los años y supongo que el general se olvidó de los hombres que había dejado en la isla. O quizás no lo hizo, y esa fue su manera de castigarles por no haber sabido mantener la disciplina. Eso ya nunca lo sabremos.

—¿Y qué fue de Atrelantum?

—Permaneció allí. Prosperó, y con los años se fue transformando de un campamento a una pequeña ciudad amurallada. La mayoría de los legionarios encontraron mujer entre las nativas de la región. Como ya sabes, el matrimonio nos está prohibido mientras permanecemos en activo. Pero la legión es comprensiva con los





hombres que pasan largo tiempo acuartelados. Más de la mitad de mis hombres tienen mujer e hijos en la región, aunque, por supuesto, no los traen aquí. Supongo que en Atrelantum la disciplina se relajaría aún más. Sin embargo, aunque Voreno tuvo que darles manga ancha a sus soldados, jamás olvidó la promesa que le hizo a César.

Cesarión le miró con incredulidad.

—Insinúas... —empezó a preguntar. Y el otro terminó su frase.

—...que el campamento se mantiene todavía en activo, sí. Y que, pese a su relación con los pueblos que lo circundan, Atrelantum se esfuerza todavía en mantener viva la presencia de Roma en Britania, esperando que algún día las legiones regresen y encuentren un lugar seguro donde desembarcar.

—¡Pero han pasado casi treinta años!

—Resulta increíble, ¿verdad? Ese Lucio Voreno era un oficial muy obstinado. Más de una vez he pensado que César no lo dejó allí por casualidad. A medida que sus hombres y él mismo fueron envejeciendo, hizo que sus propios hijos se convirtieran en su relevo. También incorporó algunas tropas auxiliares britanas. Tengo entendido que las dos cohortes originales se han convertido en casi tres hoy en día. Cuando yo llegué aquí, Lucio estaba enfermo y había delegado el mando en Británico, su hijo mayor. Jamás le he visto, pero me han contado que es tan obstinado como su padre.

Cesarión estaba maravillado con la historia que le había contado Albio. ¡Un campamento romano abandonado a su suerte casi tres décadas atrás por su padre que continuaba activo en Britania! No le sorprendió que César no lo hubiera mencionado jamás en sus crónicas ni en sus cartas a Cicerón. No había llegado a conocer al gran hombre, pero sabía lo suficiente de su forma de pensar como para adivinar que jamás estaría dispuesto a reconocer una maniobra como aquella. Fuera lo que fuese lo que le llevó a dejar aquellas dos cohortes atrás, sin duda prefirió enterrar el asunto lo mejor que pudo.

De una forma u otra, una vez más, el pasado parecía perseguirle. Porque estaba claro que lo que el centurión quería de él estaba directamente relacionado con aquel puesto que, pasados treinta años, se mantenía fiel a la palabra dada a César.

—¿Por qué nadie ha ido a ayudarles en todo este tiempo? —siguió preguntando.





—¿Ayudarles a qué? —contestó Albio, satisfecho al ver que había despertado tanto interés en el recién llegado—. Es evidente que Britania no tiene ningún valor para Roma. ¿Por qué preocuparse de unos hombres que no existen o de un campamento que nadie recuerda? Al cabo de unos años en la isla, Voreno se atrevió a cruzar de nuevo el mar Británico para ver con sus ojos cómo estaban las cosas en la Galia. Se encontró con una provincia romana totalmente pacificada, pero expectante por ver quién acabaría ganando la guerra civil. El antiguo comandante de este campamento era un viejo camarada suyo y se ofreció a ayudarlo en lo que pudiera. Desde entonces, Atrclantum ha mantenido una relación comercial relativamente regular con esta zona. Y gracias a nosotros saben más o menos lo que sucede en Roma.

—Así que son conscientes de que el hombre al que juraron esperar está muerto.

—Sí. Pero eso no cambia las cosas para ellos. Han sido romanos demasiado tiempo para ahora poder dejar de serlo. Al principio, el recuerdo del poder de las legiones fue suficiente para mantener a los britanos tranquilos y resignados. Pero son pocos los que ahora se acuerdan del castigo que recibieron. Y, lentamente, las tribus vecinas de Atrclantum le han ido perdiendo el respeto. Como bien has dicho antes, a los britanos no les gustan los extranjeros. Y aunque casi todos los que viven en la ciudad han nacido en ella, Voreno y su hijo se han esforzado en recordar a todos que ellos siguen siendo romanos. Tanto es así, que mantienen el pago de los tributos y la entrega de rehenes que les impusieron hace treinta años. Aunque olvidada, Atrclantum sigue siendo romana... y actuando como romana.

Cesarión se permitió sonreír por primera vez.

—De acuerdo, centurión Albio. Has conseguido interesarme con tu historia. ¿Me contarás ahora para qué me has hecho venir?

—En los últimos meses, las tribus que rodean Atrclantum se han ido mostrando cada vez más hostiles. Ponen pegas a seguir pagando sus tributos y se niegan a continuar entregando rehenes que garanticen la seguridad de los habitantes del puesto. Británico Voreno ha tenido que librar ya algunas escaramuzas. Y las cosas no tienen pinta de mejorar. La semana pasada llegó a nuestras puertas un emisario de Atrclantum pidiendo ayuda militar. Es la primera vez en treinta años que sucede algo así.





—¿Qué vais a hacer?

—¿Oficialmente? Nada, por supuesto. Roma no tiene intereses en Britania y nada gana metiéndose en los conflictos locales que puedan darse allí. Pero nuestro comandante lleva mucho tiempo conociendo la existencia de Atrelantum y echándoles una mano siempre que ha podido hacerlo. De manera que ha decidido enviarles un cargamento de armas y pertrechos custodiado por cuantos buenos guerreros pueda reunir.

—Y ahí es donde entro yo.

—Y ahí es donde entras tú, efectivamente. De todos los hombres que he estado viendo estos últimos días, tú eres, sin duda, el mejor. Si lo deseas, puedo darte el mando del grupo. Siempre y cuando te interese, claro.

Cesarión se acarició la barbilla con las puntas del índice y el pulgar. Lo que Albio le estaba proponiendo no era ningún regalo. Los britanos tenían fama de ser hombres duros y siempre dispuestos a luchar. A poco que las cosas se torcieran, aquella isla brumosa e inhóspita bien podía convertirse en su tumba. Por bien que le pagaran, el riesgo se le antojaba demasiado elevado.

Luego pensó en la noche anterior. En los sollozos quedos de Cinnia apagándose lentamente al otro lado de la puerta sin que él pudiera hacer más que esperar a que cesaran. Y también en la vida errante que había llevado los dos últimos años, tras perder a Selene y Pullo.

En el fondo, no tenía nada que perder.

La brumosa Britania, ¿eh?

¿Y por qué no?

